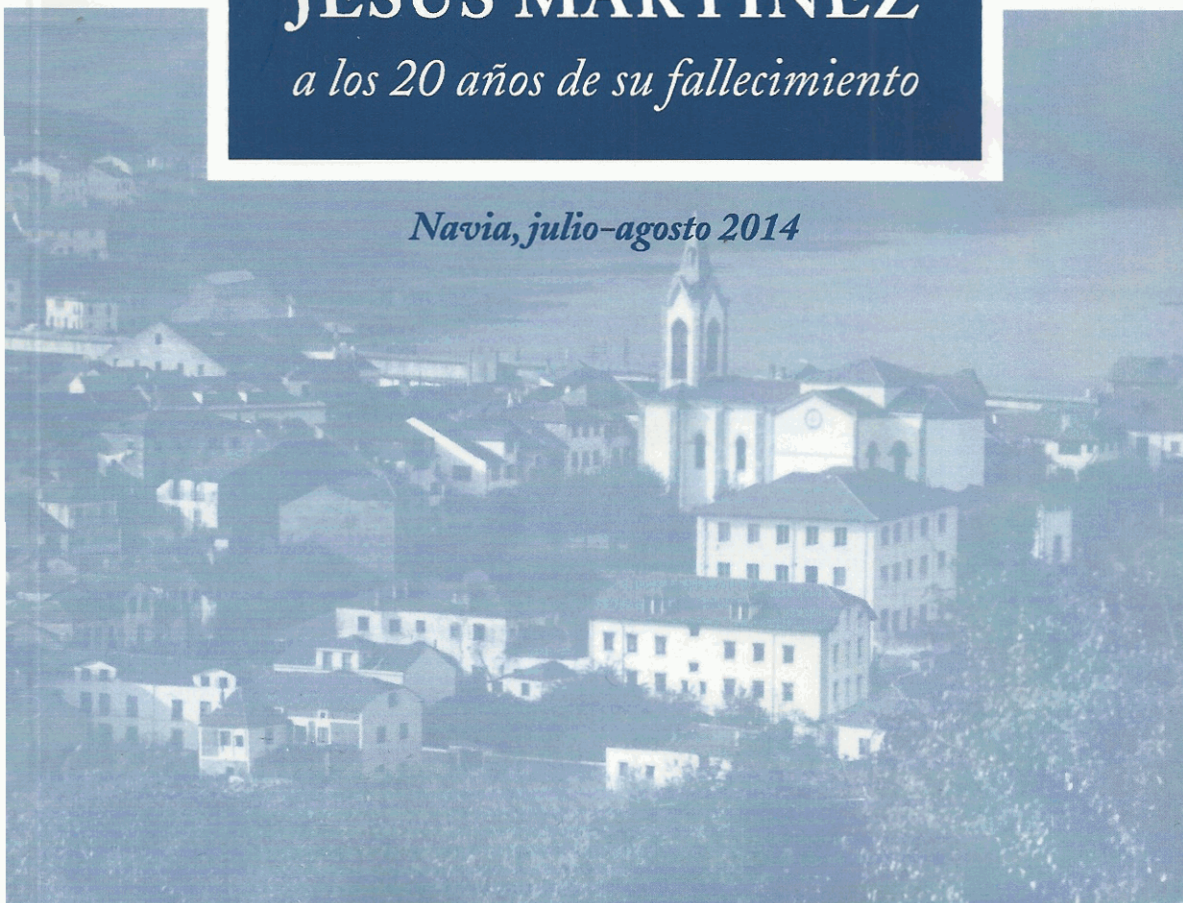


RECUERDO DE
JESÚS MARTÍNEZ
a los 20 años de su fallecimiento

Navia, julio-agosto 2014



LA ACTIVIDAD ARQUEOLÓGICA DEL DR. JESÚS MARTÍNEZ A LA LUZ DE SUS TRABAJOS SOBRE EL CASTRO DE MOHÍAS (COAÑA)

ÁNGEL VILLA VALDÉS
ARQUEÓLOGO
REAL INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS

“¡Disponte, pues, date a la obra y Yahveh sea contigo!”
(I Paralipómenos, Crónicas, 22, 16)

En julio de 1968 el Dr. Jesús Martínez iniciaba, en compañía de su amigo el Dr. Juan Manuel Junceda, su particular aventura arqueológica en el lugar conocido por los vecinos como “Monte del Castro”, en la parroquia de Mohías, un yacimiento por entonces inédito para el mundo de la investigación histórica. Las referencias toponímicas, los fabulosos relatos en torno a tesoros ocultos por moros legendarios y una topografía correctamente interpretada consolidaron la certeza de encontrarse ante un enclave con enormes posibilidades. Aunque en 1940 Antonio García y Bellido y Juan Uría Ríu habían dado imprecisa referencia de la existencia del mismo, a mediados de los años sesenta no aparecía incluido en la relación elaborada por el profesor José Manuel González en su meritorio catálogo de los castros de Asturias.

Es conveniente recordar que en aquella fecha el conocimiento de los castros en nuestra región era muy superficial. La información disponible procedía de las excavaciones realizadas en tres o cuatro yacimientos

y en su mayor parte inéditas. Con la excepción de José María Flórez, que recogió de forma minuciosa los resultados de la primera excavación conocida en el Castro de Coaña (1878) y, por supuesto, la extraordinaria obra de García y Bellido sobre lo documentado en éste y en el vecino Castro de Pendia (1940-1942), el resto de poblados explorados contaban con exiguos testimonios del registro material recogido, parco bagaje para poder caracterizar culturalmente a las comunidades que los habitaron y la antigüedad de su ocupación.

En estas circunstancias, con un planteamiento de sesgo antropológico reivindicado de manera reiterada en cada uno de los trabajos publicados, primeramente al alimón con Juan Manuel Junceda, más tarde en solitario, se lanzará Jesús Martínez a la excavación y estudio de lo descubierto entre 1968 y 1970, años durante los que se prolongó su actividad arqueológica en Mohías.

En sus escritos se reconoce “alentado por el entrañable magisterio del profesor Jordá y la reputación de su experiencia” si bien el intercambio de información y las consultas fueron también frecuentes con Antonio García y Bellido, tal vez la figura más destacada de la Arqueología clásica española del siglo XX. De la influencia del primero, reconocido investigador de la Prehistoria peninsular, fueron probablemente tributarios determinados procedimientos metodológicos relacionados con la técnica de excavación mediante “planos o estratos” regulares o el modo de recogida de materiales, si bien en la preocupación acerca del comportamiento de las gentes castreñas en relación con su arquitectura, sus ritos funerarios o usos alimenticios se deja sentir la ascendencia del segundo. Influencias en todo caso finalmente tamizadas por el juicio convenientemente razonado y la minuciosidad en el tratamiento de la información, atributos que, como describen aquellos que lo conocieron, caracterizaban al científico y que, ya en relación con su quehacer profesional como pediatra, tanto bienestar procuraron a la población infantil de la comarca en tiempos y condiciones muy difíciles.



Jesús Martínez excavando en el Castro de Mohías

La experimentación, la búsqueda del ejercicio probatorio de las hipótesis es, en mi opinión, uno de los aspectos más sorprendentes de la obra de Jesús Martínez. En su afán por comprender las condiciones de vida de los hombres de la “Asturias primitiva” no tuvo el menor inconveniente en calcular, por ejemplo, las horas de insolación según la época y sector del caserío castreño de Coaña, en probar la calidad de diferentes urdimbres vegetales como aislantes de la lluvia o el calor o de determinar el número de individuos que podrían compartir cada cabaña en función de su consumo de oxígeno. Tampoco tuvo reparos en elaborar (y degustar) el pan fabricado a partir de harina de bellotas tostadas y molidas que, según el geógrafo griego Estrabón, contemporáneo de Augusto, servía de alimento a los pueblos norteños durante buena parte del año.

Al tiempo, su experiencia en el campo de la salud y la erudición propia de quien siempre mostró particular aprecio por el estudio de la Historia, le permitieron trazar un cuadro paleopatológico que en absolu-

to se muestra discordante con los datos observados por los antropólogos forenses en necrópolis altomedievales de la comarca, por el momento, la población analizada temporalmente más cercana a nuestras gentes castreñas.

En toda su obra se advierte el empeño por aplicar cuantos procedimientos científicos estuviesen a su alcance y con ello, aunque con desigual fortuna, se anticipó en varias décadas al proceder del arqueólogo académico. Jesús Martínez practicó la recogida de muestras de tierra para su posterior análisis, para el estudio de pólenes, semillas y otros marcadores paleoambientales. Y no debe olvidarse que a él se debe la obtención de la primera datación absoluta obtenida en Asturias mediante la técnica del Carbono 14. Un acontecimiento poco recordado que contó con la colaboración indispensable de otra figura egregia de la investigación española, el Dr. Fernán Alonso Matthias, Director del Departamento de Geocronología del CSIC, pionero en la aplicación de este método en nuestro país y a cuya generosidad se deben las dataciones que revolucionaron la interpretación de los castros del occidente de Asturias a partir de las muestras obtenidas en el yacimiento grandalés del Chao Samartín.

Jesús Martínez no fue arqueólogo, no creo que por tal se tuviera. Fue, al igual que sigue siendo su colega y amigo Juan Manuel Junceda, un profesional destacado en su especialidad, un científico riguroso que procuró aplicar, con generosidad y honestidad, sus conocimientos y todas las herramientas disponibles (y las que no lo estaban tanto) en una misión apasionante aunque, sospecho, también incomprendida en su entorno social. Un buen amigo, muy próximo a los protagonistas de estas notas, se preguntaba en una ocasión con gesto de cierta pesadumbre, si aquel empeño no habría ocasionado más daños que beneficios al yacimiento. Yo no lo creo. Entre 1968 y 1970 se pusieron al descubierto, de manera más o menos completa, 7 construcciones de las 20 que hasta la fecha han sido exhumadas. Transcurrido medio siglo desde entonces, el castro recibe miles de visitantes cada año y el corpus docu-

mental que apoya la interpretación histórica del castro de Mohías se sigue soportando, exclusivamente, en los trabajos publicados por Jesús Martínez sobre aquel primer grupo de cabañas.

BIBLIOGRAFÍA ARQUEOLÓGICA

Martínez Fernández, J. y Junceda Avello, J.M. (1968): "Descubrimiento del castro de Mohías. Primeras excavaciones y primeros hallazgos", en Boletín del Instituto de Estudios Asturianos 63. Oviedo, 185-199.

Martínez Fernández, J. y Junceda Avello, J.M. (1968): "El Castro de Mohías (Coaña)", en Zephyrus XIX-XX. Salamanca, 178-181.

Martínez Fernández, J. y Junceda Avello, J.M. (1969): Ensayo biológico sobre los hombres y los pueblos de la Asturias primitiva. Instituto de Estudios Asturianos. Oviedo.

Martínez Fernández, J. (1970): "Castro de Mohías: nuevos hallazgos y descubrimientos", en Boletín del Instituto de Estudios Asturianos 69. Oviedo, 125-140.

Martínez Fernández, J. (1971): "Castro de Mohías: resultados de una investigación arqueológica", en Boletín del Instituto de Estudios Asturiano 73. Oviedo, 351-356.

Martínez Fernández, J. (1988): "La alimentación del hombre de los castros", en Boletín del Instituto de Estudios Asturianos 135. Oviedo, 115-122.